

EL CASO "R.E.D.E.S": Gracias por tu Silencio

Daniel Jorge Antón



Image not found.

Capítulo 1

Infiltrado

Un doble de batería. Rompen los platillos y suena la música desde los disimulados altavoces de aquella concurrida habitación. Mujeres bailando ahogadas en alcohol barato en botellas de lujo, vestidas para una ocasión que no lo merecía, forzadas por los que las invitaron a llevarlas de esa forma en aquel tercer piso del barrio de Guanarteme, Gran Canaria.

Una mesa llena de distintos alcoholes; whiskys irlandeses importados de Asia menor, vodka ruso de Tailandia y botellas de vino de buena etiqueta rellenas con cartones de supermercado. Algunos se los pasaban bien, parecían haber encajado con el ambiente, no exento de los humos de cigarros, habanos y ciertas yerbas estupefacientes... Ellos, en su mayoría, estaban vestidos con las típicas ropas de los jóvenes en la veintena, de los famosos millenials, opuestos a los convencionalismos, siempre a la moda.

Acompañados de youtubers peninsulares con cierto renombre, aparte de esos jóvenes alocados, habían ciertos hombres de traje y corbata, estos eran a por los que la justicia perseguía desde hace meses. Fijaban una visión clara de su apariencia formal, de hombres casados y chicos enamorados, hogareños, trabajadores, qué se habían formado a ellos mismos. No era mentira, pero compartir la dicha de aquel tugurio perdido en las alturas de un edificio discreto de una isla paradisíaca era inmoral, hasta para sus parejas; ellos escondiéndose en un local de alterne exclusivo y por invitación. Un ambiente cerrado para los que fueran importantes dentro mundo de las redes sociales, o cercanos. Había un hombre joven detrás de la barra con el gesto bastante extraño en el semblante, mientras servía las copas parecía juicioso con el resto de la sala, inquieto, insípido para la conversación. ¿Podría ser que se encontrara asustado? La música continuó y el efecto sobre las alcoholizadas jóvenes estaban surgiendo, una medida estúpida, lasciva, que tenían aquellos tipos controladores y los caraduras de la clientela.

– Yo no me fío de ninguno – soltaba uno de los allí presentes – pero, al menos, parece honesto.

Tenía gafas, era calvo, tirado sobre el cómodo sofá y acompañado por una chica cuya mirada estaba perdida por la moqueta del salón.

– Es qué quise alquilar algo para este verano y no encontré nada con dos baños por menos de cuatro mil. – respondía otro hombre desde la otra punta del sofá, también acompañado de una mujer con que ella y la otra,

ambas, compartían la misma atención difusa.

–Joder. ¿En el Sur? –Así es, amigo mío. Al final me lo quedé, pero le dije que no le daba más de eso sin servicio de cenas incluido.

– No comprendo cómo puedes ganar tanta pasta.

– Podría compartirlo... – se colocó las gafas sobre la calva, colocando sus ojos sobre el otro – pero todo tiene un precio.

Desde la otra punta de la lujuriosa sala, otro caballero de pelo largo castaño, el mentón sin ver cuchilla por tres días y traje de menos percha que la media del resto parecía atento a la conversación desde su prudente distancia. No quitaba ojo. Tenía un colgante enorme colgando del cuello, pero aquella cosa no era solo una ornamentación... Fuera, en el exterior del edificio, reposando discretamente sobre la jungla de asfalto, dentro de una furgona que ponía en su lateral "Limpiezas Loli", un grupo de investigación criminal de la Policía Nacional estaba recopilando imágenes en Directo de dicha reunión. El infiltrado captaba en video todos los hechos criminales que ocurrían a su alrededor, con orden expresa de no levantar sospecha hasta el último momento.

Eran un total de cuatro agentes en el interior del vehículo.

Cristina Gil, uno de los dos Subinspectores, junto a la comandancia y diligencia de su superiora en el caso, estaban inmersos en la investigación de la trata de blancas que sufría el internado evangélico de Santa Marina. No pudo recriminar las imágenes de la retransmisión por que no le salían las palabras. Algunas de las chicas que residían en este Internado habían sido puestas cómo carne para los depredadores sexuales de cierto rango social y no se sabía a ciencia cierta quién era exactamente el proveedor.

– ¿Estás son las cosas de las que hablan los hombres cuándo no están sus mujeres delante?

– No creo que la chica que esta en sus rodillas sea mayor de edad...

Güasimara Tremearne; también conocida por la Inspectora Mara en la Comisaría, mantuvo su atención en la escena que estaba esperando intervenir esa misma noche.

Cristina continuó:

–¿Ese no es, el Ex-Vega, aquel de los vídeos de bromas pesadas?

–Si. Le gusta gastar bromas a la Policía tengo entendido.

– Pues ahora le toca a él.

– Aparte de Ex-Vega hay un Director de Publicidad francés, dos youtubers de la élite de Madrid y uno de los mejores representantes de “influyentes” de la actualidad.

–¿Estás segura de que ese profesor del instituto evangélico sabía a quién delataba?

– Puede... – Mara se pasó las manos por la cara. Tenía tensión acumulada, manifestándose indócil cómo un dolor punzante detrás del ojo – dijo qué las chicas estaban aterrorizadas y no quiso dar nombres.

De vuelta en el interior, el infiltrado no quitaba ojo a la chica del vestido negro; la estaba manoseando sin mostrar ni un ápice de cortesía, sin pedir permiso si quiera. Ex-Vega no parecía tener modales, tampoco abuela. La besaba por la zona del cuello, justo antes de dónde empezaba el precioso vestido escotado que resaltaba una figura de belleza adolescente, mientras que la chica se mostraba reacia a los intentos de tocamiento, sin que ni él ni ninguna de las allí presentes dijeran o hicieran algo a su favor.

La mano de aquel representante de la supuesta comedia española reptaba por la rugosidad de las oscuras medias de la joven, subía la tensión por intervenir en la horripilante escena desde el vehículo de ocultación policial.

–¿Cuándo entramos? – soltó la Sub-Inspectora Cristina, llevándose la mano derecha a la funda de su arma.

–Tranquila Cristina. Tenemos que esperar hasta qué hagan algo más inculpatario.

– ¿Algo más, enserio? – exclamó levemente ofuscada – Ese mocoso tiene la mano por debajo de la falda de la chica.

Ponía los pelos de puntas, combinar aquella violenta imagen con la felicidad de la música rockabilly que impregnaba el ambiente con máscaras de falsa alegría y recompensas temporales cómo el tiempo, el dinero y los orgasmos, creaban un clima dantesco... Cuando el francés empezó repentinamente a toser, la morena adolescente de traje negro intentó levantarse del regazo, pero no consiguió zafarse de la presa y casi tira el contenido de su copa a la moqueta.

–Tengo que ir al baño...– dijo la joven, de la misma edad que uno de los youtubers. Agarró con desprecio su hombro, evitando cualquier intento de

levantarse.

–Anda.. siéntate aquí. No mordemos.

El infiltrado, cuyo nombre era Diego Castro Morales, hijo del Comisario Roberto Castro delCastillo, ni le gusto ni permitió que la escena fuese a mayores. ¡Al diablo con la infiltración! Intervendría a la mínima que le intentasen echar de aquel lugar depravado llena de inocentes.

–Hey – se interpuso Diego entre los hombres y la chica, dirigiéndose a ella –, disculpa, ¿Quieres agua?

Aquellos dos estaban en la plenitud de su borrachera, soltando frases con el mayor de los jolgorios mientras ella mostraba lo contrario.

El calvo respondió por ella, parecía asustada.

–Nada, no quiere nada. Largate, no es tu asunto.

–El único asunto aquí presente es qué la señorita necesita coger aire.

Desde la altura de la puerta, uno de los hombres que presumían frente al resto su función de seguridad del local, se abalanzó sobre Diego, poniendo su gruesa mano al rededor de su cuello.

Usando el interior de la muñeca, Diego apartó el agarre y se alejó tres pasos hacia atrás.

– No vuelvas a tocarme nunca. Te aviso.

–¡Hey! – gritó por lo alto el joven chico de la barra, acercándose a la escena con aparente estupor – ¡Esta noche no me montéis jaleos! –Con que esas tenemos ¿No? – replicó a Diego el de seguridad – Tira pa'lante si tienes cojones.

Levantó el lateral izquierdo de su camisa para mostrar lo que tenía fechado al cinturón; el mango de una pistola asomaba imprudentemente de su cadera.

Diego levantó las manos, intentando mostrar su repentina pasividad frente al conflicto armado, aunque, para su mala gana, percató que otra mano se le acercaba por la espalda.

Instantáneamente, cómo un recuerdo mecánico, bien aprehendido, de las clases de entrenamiento personal en la Academia, el infiltrado flexionó sus rodillas, bajó su punto de gravedad y aportó un codazo en la nariz del

hombre que se le acercó por la espalda.

La gente de la sala gritó al unísono cuándo otro tipo más, un hombre albino sentado con anterioridad junto al tipo que ahora se revolvía por el suelo con la "napia" rota, sacaba una otra pistola de su espalda. Apuntó directamente a Diego con una clara intención para disparar.

– ¡Ya basta! ¡De rodillas, maldito hijo de puta! – imperó el albino.

La puerta del local se abrió de una fuerte patada. En menos de tres segundos, el escueto salón dobló el número de integrantes; las chicas, Diego, los jóvenes, los de traje y los de pistola eran justo la mitad, el resto eran policías y las fuerzas de seguridad del Estado, interviniendo a tajo y desgarró sobre la red criminal. Lo primero, salvaguardar la vida de su agente, y haberle enseñado la presencia de un arma de fuego en la sala no fue ninguna broma para el equipo que esperaba en la calle. Actuaron al instante. Rápida y sin divagaciones.

– ¡Quietos! ¡Las manos dónde pueda verlas y al suelo! – ordenó la Inspectora Mara rasgando la voz – ¡¡Yaaa!! Todo el mundo siguieron las órdenes, salvo el albino y su amigo de la nariz torcida, se había recuperado del impactó y estaba postrado justo al lado de su amigo.

– ¡Vosotros dos! ¿Estáis sordos? – repitió – ¡Suela eso y al suelo ambos! ¡Estamos de servicio, joder! – el albino sacó una placa de su cuello. Nariz rota entregó su placa también, junto a la cartera de los dos. Acompañando la entrega, el albino dejó de apuntar a Diego, que se sintió bastante más relajado que nunca. La sensación de rozar los límites de un accidente laboral cómo aquel.

La subinspectora Cristina todavía seguía sin fiarse con plena seguridad. Para asegurarse, les preguntó el código de la semana para intervenciones en el municipio.

– ¿Mi isla favorita es? – Lanzarote.

– Hijo de...

Capítulo 2

Efectivamente. Aquellos dos chalados de la cabeza estaban de encubierto en una investigación aparte, a la par que eran suculentos criminales que andaban rodeados de jóvenes en un ambiente de obvio objetivo sexual.

Albino se acercó a la Inspectora, con las manos levantadas y el arma enfundada cómo requería el procedimiento en un situación así.

– Inspectora, acaba de estropear por completo nuestra operación. Llevábamos un año metidos en esto para que usted y los suyos nos lo arruinen.

Todos los hombres y mujeres a las ordenes de Mara se la quedaron mirando fijamente.

Esperaban alguna clase de respuesta contundente, de aquellas que tanto remarcaban su carácter fuerte pero honesto, directo pero sin recriminaciones, regio y con fundamento; nada más alejado de la realidad, la jefa de la operación se redimió a ponerles las frías esposas, por muy policías que fuesen, y los hizo llevar a su propia Comisaría, para pasarles interrogación y dejar que la mala pólvora de la opinión adulterada se prendiese entre sus subalternos.

Al rededor de una mesa con cubierta blanca, cuatro de las adolescentes que habían estado en aquella fiesta privada prestaban sus declaraciones, todas describían cómo fueron obligadas a rezumar las perversiones de aquellos hombres de dudosa madurez.

El segundo subinspector, Natanael Sierra Ávila, era el que recogía los diversos fragmentos de la historia. En general, el grupo coincidía que habían llegado por recomendaciones de unos amigos que habían conocido en un evento temático de la ciudad; las engatusaron con una buena fiesta, gente influyente y copas gratis... ¿podría cualquier menor caer en tan basta invitación? Se fumaba un tabaco en la parte trasera de la Comisaría, con toda la tranquilidad del mundo que sus cinco minutos al día para fumar le otorgaban. Ya habían pasado cuatro largas y dos cortas caladas y tres minutos del reloj.

Mara escuchó la puerta de acceso al patio abriéndose a sus espaldas:– Inspectora.– la figura que la llamaba era de uno de sus oficiales en activo de la misión – ¿Ya tiene toda la información? Debemos de volver a Barcelona, en unas horas sale el vuelo.

– Llegamos por una llamada y nos vamos con algunos presos de vuelta.

– ¿Qué ha ocurrido en esta ocasión para qué hayan tenido que venir tantos efectivos desde la península?– Acudimos al aviso de que habían grupos de menores en fiestas sexuales, y aquí encontramos al Director de Publicidad Gaüs Montero y Ex-Vega, un relevante creador de contenido.

– ¿Ex-Vega? Él mismo. No sé porqué no me sorprende – se terminó el tabaco, lo piso y continuó mientras volvía por donde había venido – Solo deseo que esas muchachas estén bien y qué deseen de una vez cooperar.

– ¿Acaso no lo están haciendo?– No. Los proxenetas, o quién sea, las tienen silenciadas a cal y canto. Les pagan estos viajes, les prometen cosas lujosas y fiestas. Con tan solo dieciséis o quince mirar lo que les hacen... – Mara se paró unos segundos en marco de la puerta, dejándola correr el frío aire.

– ¿Inspectora?– Da pena que ni si quiera han recibido una llamada de aquellos que las procuraban seguridad y dinero. La peor parte es que ni sabemos quien las trajo, nadie admitirá saber quién montó la fiesta...– Eso es una mierda – la posición de su subalterno quedó sencillamente explicada. Mara no sintió rastro de que él haya comprendido la gravedad de la situación.

Mara entró en la Comisaría central de Gran Canaria de nuevo, pasó por delante de sus compañeros y pidió expresamente recoger todo el material, terminar con las declaraciones y trasladar a los detenidos a unas furgonetas hasta el avión, su juicio en la administración catalana no iba a pasar desapercibido y no lo harían esperar; para las nuevas masas de internautas qué van a ver a uno de sus ídolos de Youtube convertido en un corruptor de menores. Sería cómo la historia de Daniel y los leones, pero en esta ocasión Daniel se encontraba untado en carne picada y maloliente.